

Escrito por: Anonymous

Resumen:

Cuando perdio la apuesta, nunca penso lo que le harian sus amigas y ahora busca la forma de salir del problema.

Relato:

La apuesta

A sus 28 años Cristina es una de esas mujeres que cortan el aliento. Con una altura de 1,70 mts, sus 58 kg de peso se encuentran repartidos como se debe. No es una de esas escuálidas hembras que se ven en las pasarelas de moda. Unos pechos llenos, un culo de hermosas formas y carne por todos lados, pero firme debido a 3 horas de gimnasia a la semana. Unas piernas interminables coronadas por unos muslos perfectamente torneados, que son su mayor orgullo. Pero ahora son su mayor problema. Es que ahora ella está sobre una mesa, balanceandose sobre sus rodillas, bien separadas entre si unos 50 cm. Una cadena va desde unos círculos de acero en cada una de sus rodillas hasta las patas de la mesa, impidiendole cerrar las piernas. Si quisiera podría separarlas aún más, pero no le conviene. Su único otro punto de apoyo es el lado derecho de su cara. Sus manos están juntas justo donde la espalda pierde su buen nombre.

Sus tobillos están juntos y cruzados, encadenados entre sí. Un grueso cinturón de cuero le marca aún más una ya estrecha cintura. Los talones de los pies están contra los cachetes del espléndido culo, debido a una corta cadena que va desde la cadena de los tobillos hasta una argolla en el cinturón. Le gustaría estirar un poco los brazos, pero no puede. Las esposas pasan por la misma argolla en la que está fijada la cadena de los pies. De los círculos de acero en las rodillas van unas cadenas hasta un collar de cuero.

De la parte de atrás del cinturón sale una tira de cuero que pasa por entre las perciosas, carnosas pero firmes nalgas, entre los labios mayores y termina en la parte de delante del cinturón. Esta tira sujeta en su lugar un tapón anal y un vibrador.

El cuerpo de Cristina parece un trípode, el torso está a unos 45 grados de inclinación con respecto a la mesa, las tetas rozando apenas la superficie de la misma, el culo bien levantado. Una cadena que va desde el collar hasta la parte de adelante de la mesa le impide incorporarse, y si quisiera estirarse, las cadenas entre sus rodillas y el collar le impedirían acostarse boca abajo. Solo podría estirarse un poco, hasta apollar las tetas en la mesa. Pero entonces se tensionaría la cadenita que va desde el collar hasta la parte posterior de la mesa, y es lo último que quiere hacer Cristina.

Los tirones en el cuello le dicen que ya es hora de cambiar de posición. Despacito, pero muy despacito, se apoya primero en la

transpirada frente y luego en el lado izquierdo de la cara. Suspira aliviada, porque no fué como la vez anterior en que casi se resbala y estuvo a un paso del desastre. Las rodillas ya no le duelen, están dormidas después de mantener la posición tantas horas, pero las piernas se le están por acalambrar. Sabe que tiene que relajarse, pero con lo que le duele el culo por el gigantesco tapón y la mandíbula por la enorme bola de goma, le resulta difícil. Para colmo la bola la hace babear, y la saliva después le dificulta apoyar la cara sin que se le resbale. Así que repasa como llegó a esta situación, para distraerse.

Un miércoles a la noche estaba reunida con sus amigas, como siempre, en la casa de Sofía. Se conocían hace ya varios años, y salvo que gustaban de hacerse bromas más o menos pesadas, eran 4 amigas normales.

- Que les parece si jugamos un strip Poker - dijo Analía, una rubia un tanto regordeta pero muy atractiva

- Y donde está la gracia?, si somos todas mujeres - , le contestó María

- En que la que queda en bolas (ella siempre usa esa expresión para decir quedar desnuda), se tiene que masturbar con esto - agregó Analía, y a continuación saco un consolador con forma de pija.

Ninguna de las cuatro era demasiado pacata, y aunque en realidad ninguna deseaba demasiado terminar con ese pedazo de plástico en la concha, la oportunidad de ver a alguna de las otras en esa situación bien valía la pena el riesgo. Así que limpiaron la mesita redonda, buscaron las cartas y a jugar.

Al par de horas ya estaban todas en ropa interior y medias. María (que tenía los pechos más grandes de todas) ya había perdido el corpiño y cada vez que largaba una carta las tetas le rebotaban de arriba abajo. A la que peor le había ido era a Carolina, ya había perdido una medias y sólo le quedaba la otra y la bombacha.

- Estaría bueno que alguien golpeará la puerta -, decía Sofía, - yo me tendría que poner una bata para atender y ustedes tendrían que meterse así como están desnuditas en el dormitorio-.

Pero Carolina no le prestó mucha atención porque después de todas malas le había tocado una mano buena, poker de reyes.

El problema era que María y Sofía habían abandonado en esa mano y ella estaba jugando contra Analía, que era la mas vestida. Carolina sólo podía apostar dos prendas (su bombacha y la media) y con eso no ganaba casi nada, a lo suma que Analía se sacase la camisa y una media. Si no aprovechaba esta mano seguro que terminaba con la pija de plástico en la concha, por como iba la cosa. Empezó a sentir como una opresión en la garganta.

Y no era la emoción por la buena mano de cartas, era que se estaba quedando dormida y se estaba resbalando, y las cadenas entre sus rodillas y su cuello y la cadenita entre el collar y la mesa se estaban tensando.

Cuando se dió cuenta comenzó a tensar los músculos, pero después de casi 5 hs en esa posición estaba casi agarrotada y apenas logró volver a asumir la posición, (con las tetas rozando la mesa y el culo bien levantado), que le permitía aflojar las benditas cadenas. Y es que la cadenita en realidad constaba de dos tramos, unidos entre sí por medio de una cajita, en la que habían metido el control remoto de la alarma. Si tiraba mucho de la cadenita, la cajita se abría, y quedaba al descubierto el control remoto, el que mediante una cinta adhesiva en uno de sus botones, estaba fijado para activar la alarma. Adentro de la caja el haz infrarrojo no era capaz de activar el sensor, pero afuera seguro que sí.

Sólo imaginar que al sonar la alarma los vecinos la encontraran así, encadenada, con las piernas bien abiertas y con la concha y el ano bien expuestos a quien quisiera ver, le revolvió el estómago.

Alcanzaba a ver el reloj de pared, las 8:30 de la tarde. Tenía que soltarse antes de las 9:00!!!!!!!. Hasta ahora había probado de manera meticulosa, haciendo fuerza primero con los brazos sobre las esposas, o los pies sobre las cadenas, o tratando de meter panza y sacarse el cinturón. Pero ahora la desesperación la hizo agitarse en forma espasmódica, haciendo fuerza con los muslos contra las cadenas que ,atadas a la pata de la mesa, la hacían abrirse de piernas, y con los brazos contra las esposas que retenían sus brazos a sus espaldas. Pero sólo consiguió resbalar las rodillas sobre la mesa húmeda por su transpiración, abriéndose aún más de piernas. El dolor por los tirones en la ingle se hizo insoportable, y solo pudo asumir una posición segura tensando todos los músculos de la cadera, con lo cual el esfínter anal se apretó contra el gigantesco tapón anal que la invadía, y la hizo gritar de dolor, que apenas se sintió debido a la bola de goma que tenía en la boca.

Trató de sacarsela empujando con la lengua, pero la banda de cuero con la hebilla en la nuca se lo impidió. Cuando pasaron las puntadas trató de alcanzar el tapón anal para sacarselo ,pero las esposas y la banda de cuero sólo le permitieron retirarlo un par de centímetros, con lo cual la parte más ancha estuvo en su esfínter y sólo le provocó más dolor. Quizás si la cadena de las esposas fuese más larga hubiera sido diferente la historia. Pero por ahora tenía ese tapón en el culo y ahí iba a quedarse. Aunque no estuviera la tira igual todo se quedaba en su lugar. Lo comprobó mientras sus amigas la ataban, primero le metieron el tapón y el vibrador y al rato la tira. Pero la posición, con el ano y la concha bien abiertas, si, pero con el culo hacia arriba, hacía que no se salieran solos. Y por las esposas no los podía sujetar bien como para retirarlos.

Si bien por orgullo hasta ahora no había querido hacer pis, la última vez que había ido al baño, (justo después que sus amigas le habían

ordenado que se desnudara y la habían esposado con las manos a las espaldas), había sido hace muchas horas. Ya no aguantaba más y aunque ella realmente no quería su cuerpo fue más fuerte y se orinó. Aunque tenía las piernas bien abiertas, y arqueó la espalda (con eso logró que la tira de cero entre las nalgas le metiera más adentro el tapón y el consolador), el chorro de orina al chocar con la tira de cuero entre la vulva se pulverizó y le mojó todas las piernas. Suerte que la parte de la mesa donde tenía la cara estaba más alta y no le llegó la orina. Gritó por la frustración, pero sólo logró babearse aún más y hacer más resbalosa la mesa.

Eran las 8:45. Carolina sabía que a las 9 el temporizador pondría en funcionamiento el vibrador que tenía metido en la concha por unos 45 minutos. Ya sabía por experiencia previa que los primeros 15 minutos ni fu ni fa, pero después empezaba a mojarse y aunque ella no quisiera a eso de los 30 minutos le llegaba el primer orgasmo. La primera vez la agarró por sorpresa, no pensaba que pudiera tener un orgasmo en esas condiciones. El problema es que ella era multiorgasmica, y el segundo y el tercero (hasta eso llegaba en los últimos 15 minutos del vibrador) eran bastante violentos. No sólo los orgasmos le provocaban dolor en el ano por el tapón, sino que los espasmos la hacían resbalarse con el peligro de activar la alarma.

Y esta vez sabía que iba a ser peor. Al forcejear para tratar de soltarse, los pechos le rozaban la mesa, y el roce sobre los pezones la habían hecho excitarse y mojarse de sobremanera. Sentía como los jugos le corían por el estomago. Es que al tener el culo levantado, los jugos no iban como siempre por los muslos, sino por la panza. Sabía que esta vez el primer orgasmo llegaría antes de los 30 minutos, y habría tiempo para más de tres.

- Sigamos pensando -, se dijo a si misma Carolina, para tratar de relajarse y perder la excitación.

- Estaba en la opresión en la garganta -, pensaba Carolina, recordando como empezó todo. Ahí decidió jugarse. Tenía poker de reyes, asique se sentía segura.

- Hagamos esto -, le dijo a Analía, -si yo pierdo, pierdo la bombacha, la media, y por lo tanto me masturbo con el consolador y además, siempre que no intervengan más personas, por una tarde yo haré lo que me digan, pero si gano, vos te sacás toda la ropa y terminás vos con el consolador -

Analía lo pensó un buen rato. Tenía 3 ases, y podía pedir cartas una vez. Si Carolina proponía eso debía tener una buena mano. Por otro lado, la idea de ver a una de sus amigas con el consolador la excitaba, aunque ella no era lesbiana. Y particularmente si era Carolina, con ese cuerpo espectacular aún para el ojo de una mujer. Además tenía que vengarse de la última broma de Carolina, que había sido de lo más pesada. Aparte, que era lo peor que podía pasar si perdía?. Sabía que eso de jugar con un consolador la excitaba, porque lo había hecho alguna vez ,la primera borracha, con su novio y le había

gustado. Presentía que podía llegar a disfrutarlo. Y sus amigas de todas maneras ya sabían del tema, porque les había contado de aquella primera vez. Así que aceptó, y cuando pidió cartas y le tocaron dos ases, la sonrisa que se le dibujo en la cara hicieron palidecer a Carolina.

Carolina se sacó la media que le quedaba, la bombacha, y sin decir palabra, tomó el consolador y el tubo de lubricante que le dieron y se fue al dormitorio. Se acostó, boca arriba, y dobló y separó bien las piernas. Después se puso gel en un dedo y se lubricó bien la concha. Acercó la glándula del consolador a su cuerpo y empezó a hacer fuerza. Aunque estaba seca, el consolador penetró enseguida por el gel. Recién después de 30 minutos de dale y dale le permitieron parar. Para Carolina fue tal vergüenza que no disfrutó nada. Se puso tan roja, que a la mañana siguiente sus compañeros de trabajo le preguntaron si se sentía bien porque todavía le duraba el rubor.

María propuso que le pidieran que además se lo metiera en el culo, pero las demás no aceptaron porque el acuerdo era que Carolina iba a hacer lo que ellas quisieran sólo una tarde, y querían preparar el asunto bien.

Por la vergüenza, no vio a sus amigas como por 2 semanas, pero después comenzó a frecuentarlas otra vez, aunque no se atrevió a preguntar por el tema. Hasta que una tarde, unos 3 meses después (o sea hoy después del mediodía), se estaba levantando de una siestita a eso de las 2 de la tarde cuando siente que golpean la puerta. Cuando vio que eran Analía, María y Sofía supo que esta tarde iba a tener que pagar la apuesta que había perdido.

- Hoy es el cumpleaños de tu marido ? - le preguntó Sofía. Cuando respondió afirmativamente, María le preguntó - y vuelve de su viaje de negocios como siempre a eso de las 10 de la noche? - .

Carolina le dijo que sí, y entonces María le contestó, - Pues bien, va a recibir el regalo de su vida. Primero sacate toda la ropita, y después date vuelta con las manos en la espalda - .

Carolina hizo lo que le ordenaron, y sintió como le colocaban un par de esposas. Después le hicieron abrir la boca y le metieron una bola de goma roja, sujeta por una tira de cuero que abrocharon con una hebilla atrás de su nuca.

A continuación le aconsejaron ir al baño, consejo que Carolina aprovechó de buen grado. Tenía la intención de, una vez adentro, tratar de aflojar algo la mordaza para eventualmente poder sacarsela, pero aunque se retorció todo lo que pudo, con las manos esposadas detrás de la espalda no pudo hacer nada. Así que fue al baño y después salió.

Cuando volvió con sus amigas, estas le ordenaron arrodillarse, con las piernas bien separadas. Por la habitación corría una leve brisa, que se le metía en la vagina debido a que la posición hacía que

tuviera los labios de la concha bien separados. En esa posición vió como limpiaban el escritorio de Hector (su marido), hasta dejarlo vacío. También observó como ataron dos cadenas, una a cada una de las patas traseras de la mesa. El asunto no le gustó nada, y empezó a protestar, pero de su boca sólo salieron una serie de mmHmms que sólo consiguieron hacer reír a sus amigas y que la saliva, que se le estaba amontonando en la boca porque la bola no le permitía tragar, le corriera por el mentón primero y por las tetas después. Se sintió tan humillada que se quedó callada.

Entre las tres amigas la ayudaron a subir a la mesa, y la pusieron boca abajo y con las piernas bien abiertas. Sintió como le pasaron unos anillos de acero por los pies hasta las rodillas, y después como les engancharon las cadenas que iban hasta las patas de la mesas y que la obligaban a estar abierta de piernas, con las rodillas bien separadas exponiendo la concha y el culo a quien quisiera ver. A continuación le pusieron un collar de cuero con varias argollas y sujeto por un candadito. Le soltaron una de las manos, para pasar la esposa por una argolla en el cinturón y volvieron a esposarla. De esta manera las manos le quedaban justo donde empieza el culo, y no podía moverlas ni para arriba ni para abajo. Después entre las tres le levantaron el torso, y mientras estaba con las tetas colgando (Sofía aprovechó para pelliscarle el pezón derecho), Analía le puso las cadenas que iban desde el collar hasta los anillos de acero en las rodillas. Cuando la bajaron Carolina trató de deslizarse hasta acostarse boca abajo sobre la mesa, pero las cadenas entre el collar y las piernas se tensaron y quedó en posición de tripode, apollada sobre su frente, las rodillas y las canillas@, con el culo bien levantado y las tetas apoyadas sobre la mesa. El estómago a unos 15 cm de la mesa, la concha y el ano bien abiertos y expuestos.

Por último colocaron la cadena que iba de la parte delantera de la mesa hasta su collar, para evitar que alivie la posición deslizando hacia atrás.

- A vos no sé, pero a nosotras esto nos va a encantar -, dijo Analía, mientras le metía un vibrador en la concha. Después llamó a sus otras amigas y les dijo, - vengan a ver lo que tengo acá, en el bolso -.

Mientras la dejaron sola Carolina sacudió el culo arriba y abajo, y hacia los lados, para tratar de sacarse el vibrador, pero como por la posición, para salirse éste debía deslizarse hacia arriba, se quedó donde estaba. Así que cuando sus amigas volvieron, Carolina estaba todavía culo arriba con el vibrador en la concha, pero con las muñecas doloridas por las esposas.

- Mirá de lo que vas a disfrutar ahora -, le dijo Analía. Carolina abrió bien los ojos y empezó a retorcerse y a tratar de soltarse, pero sólo consiguió clavarse las esposas en las muñecas y babearse toda. Gotitas de transpiración le corrían por la frente y los muslos. Tiraba con fuerza de las cadenas de las piernas, marcando los musculos de los muslos y haciendo más atractivas unas ya preciosas piernas. Las tetas le rebotaban contra la mesa y dejaban improntas de

transpiración sobre la superficie de madera de la misma.

- Calmate - , le dijo María mientras le dió un palmazo en el culo que se lo dejó rojo por un buen rato.

Lo que le habían mostrado era un tapón anal, de unos 8 cm de longitud, y unos 4 cm en su parte más ancha. En su parte más angosta debía medir unos 2 cm. Carolina nunca había visto uno, y ni sabía que existían. Pero cuando lo vió enseguida supo de que se trataba. Se dio cuenta de que una vez que se lo metieran, (si es que entraba) una vez que la parte más ancha hubiera pasado el esfínter, este se cerraría (o trataría de cerrarse) alrededor de la parte más angosta, y no habría manera de sacarlo salvo ayudando con la mano.

Analía sacó un guante de goma y un tubo de gel lubricante y despacito, acariciándola apenas, le lubricó el ano, metiéndole inclusive un dedo en el culo. - Es que somos tus amigas y no queremos que te duela más de lo necesario - dijo entre las risitas de las tres.

Después le acercó la punta del tapón al ano y empezó a empujar. Carolina instintivamente se tiró todo lo que pudo hacia delante, hasta que el collar se le clavó en el cuello y los anillos de acero en las piernas. Pero las cadenas hicieron su trabajo y mantuvieron las piernas de carolina bien abiertas, y el culo bien para arriba, sin poder cambiar la posición de tripode.

- En el sex-shop nos dijeron que esto entra en un culo virgen como el tuyo sin romper nada - le decían sus amigas entre risitas.

Entre el gel, la fuerza de Analía y que la posición le hacía tener el ano medio abierto, poco a poco el tapón la fue invadiendo. Carolina sentía como se le iba distendiendo el esfínter anal, milímetro a milímetro, puntada a puntada. Después de unos segundos (pero horas para Carolina), pasó la parte más ancha y repentinamente y con la ayuda de sus propios músculos, el resto del tapón se deslizó dentro de ella. Sólo quedó afuera el extremo posterior, un disco de unos 6 cm de diámetro diseñado para evitar que la penetrase la totalidad del tapón.

Carlina quería retorcerse y romper las cadenas y gritar que la soltasen, pero el dolor en el culo la mantuvo inmóvil atreviéndose apenas a respirar.

Escuchó unos preparativos que hacían sus amigas, sin entenderlos. Unos 5 minutos después, su cuerpo se acostumbró un poco a ese objeto extraño dentro de ella y se resignó a que tanto el tapón en el culo como el vibrador en la concha se iban a quedar ahí hasta que alguien se los sacara. La posición en que la habían encadenado hacía imposible que se deslizaran fuera de ella por si mismos.

Pero por las dudas, al volver sus amigas le colocaron una tira de

cuero de unos 2 cm de ancho, bien apretada, que pasando por entre los labios mayores y la raya del culo, estaba sujeta al frente y a la parte de atrás del cinto, y mantenía firmemente el tapón y el vibrador en su lugar

Sintió como le encadenaban entre sí los tobillos, cruzados, y le doblaban las rodillas hasta que sólo éstas tocaban la mesa, y los talones le tocaban el culo. Después una cadena hasta el cinturón de cuero mantuvo sus piernas dobladas en esa incómoda posición.

A continuación, sus amigas trajeron dos cadenitas unidas entre sí por una caja de pequeño tamaño. Uno de los extremos lo fijaron a la parte trasera de la mesa, y el otro al collar en el cuello de Carolina, la cual era sostenida por María y Sofía de manera tal que las cadenas entre sus rodillas y cuello quedasen flojas, llevándole los hombros más cerca de las rodillas. Entonces, el culo le quedaba más levantado, y las tetas ya no se le apoyaban sobre la mesa, apenas la rozaba con los pezones.

- Deslizate para adelante -, le ordenó María. Carolina obedeció, pero antes de que las cadenas entre sus rodillas se tensaran, la alarma de la casa comenzó a sonar, puesto que la cadenita se tensó y la cajita se abrió.

Sus amigas apagaron la alarma antes de que llamase la atención de los vecinos, volvieron a acomodar el control remoto en la cajita, le explicaron que la longitud de la cadenita era tal que antes de que se tensaran las cadenas entre sus rodillas y el collar se abriría la cajita y sonaría la alarma, la volvieron a acomodar y le dijeron (entre risitas):

- Nosotras ahora nos tenemos que ir porque estamos ocupadas, si podemos venimos antes de las diez (más risitas). De todas maneras a esa hora llega tu maridito y seguro que le encanta soltarte. Y si por alguna razón necesitas soltarte antes, estirate, activá la alarma, y seguro que tus vecinos te ayudan con mucho gusto (francas carcajadas, ahora). Para que te entretengas cada dos horas se va a encender el vibrador. Chau -

Cristina alcanzaba a divisar un reloj que marcaban las 4 de la tarde. Al principio se quedó quieta confiando en que al rato sus amigas vendrían a soltarla, pero a medida que pasaban los minutos se fue convenciendo que realmente sus amigas pensaban dejarla en esa situación, para que fuese Hector el que la encontrase. Cuando llegaron las 5 de la tarde, se encontraba furiosa y el temporizador se activó y el vibrador comenzó a funcionar. El mismo le hacía cosquillas más que nada, algo incómodas pero nada más. Dentro de la incomodidad general (las esposas se le clavaban en las muñecas, el cinturón le apretaba, las piernas se le agarrotaban por la posición y debía mantener en general todos los músculos tensos para evitar resbalarse y con ello abrir la cajita), el vibrador era lo de menos. Comenzó a probar soltarse, viendo si podía soltar una mano, pero al hacer fuerza sobre el cinturón solo consiguió que la cinta de cuero entre los cachetes del culo se tensara más y le metiera el vibrador y

el tapón más adentro. Probó a ver si podía soltar un tobillo, pero hizo fuerza con las piernas y solo consiguió deslizarse un poquito hacia delante. Con gran esfuerzo volvió a la posición original, dejando por lo tanto suelta la cadenita con la cajita, y trató de incorporarse, pero la cadena que iba desde el collar hasta la parte de delante de la mesa se lo impidió.

Miró el reloj y eran eso de las 5:15. Con sorpresa notó que empezaba a sentir una sensación de calor entre las piernas. Con disgusto se dio cuenta que su cuerpo estaba comenzando a responder, en contra de su voluntad, al vibrador. Unos 15 minutos después ya estaba toda mojada y los jugos le llegaban al ombligo. Trató de contenerse pero el reflejo fue más fuerte y tuvo un orgasmo como hace tiempo no tenía. Cristina lloró con amargura, sintiéndose avergonzada de si mismo debido a haber sentido placer encontrándose en una situación tan indigna. Con más sorpresa aún notó que su cuerpo comenzaba a responder una vez más. Comenzó a retorcerse desesperada tratando de soltarse de sus ataduras, hasta que le llegó un poderoso orgasmo. AAAAAAhhhh, AAAAhhhh suspiraba Carolina detrás de la mordaza, mientras espasmos de placer recorrían su cuerpo. Su espalda estaba adornada de gotitas de transpiración, su culo también cubierto de transpiración, los labios mayores y menores cubiertos por sus jugos. Pero las gotitas se juntaban en gotas más grandes que corrían primero por entre los cachetes del culo (por debajo de la tira de cuero), por los muslos hasta las rodillas. Y cada suspiro expulsaba la baba que se le juntaba en la boca debido a la imposibilidad de tragar, y con tanta lubricación comenzó a resbalarse, a irse hacia delante.

Frenética trató de evitarlo, tensionándose, marcando todos sus músculos, poniendo en evidencia aún más su característica de magnífica hembra. Primero consiguió no deslizarse más y estaba recuperando la posición cuando sintió los espasmos del tercer orgasmo. Con cada espasmo la cadenita se tensaba un poco más. Imaginó la alarma activada, y unos minutos después alguien entrando en la casa, un policia desconocido con suerte, o peor, un vecino . Sabía que la magnitud de su humillación solo sería comparable al espectáculo que proporcionaría. Porque aunque el que entrase fuese un hombre de bien, que lamentase su situación, era conciente que el primer sentimiento sería de placer. Es que no había otra reacción al ver a una mujer completamente desnuda, con las piernas bien abiertas, con su ano y su femeneidad groseramente visibles, debido a la posición que las cadenas la obligaban a adoptar, arrodillada, con el culo bien parado y la cabeza apoyada sobre la mesa, sus llenas, firmes, magnificas tetas colgando, las manos encadenadas a la espalda.

Tomó real conciencia de la humillación a la que iba a estar expuesta, la espera de minutos quizás, pero que serían horas para ella, mientras encontraban una manera de soltarla, de desencadenarla, de sacarle los objetos que la invadían y la humillaban. Se dio cuenta que no había manera de no tener que permanecer algún tiempo en esa indigna posición con extraños en la habitación. Si tenía suerte alguien

se daría cuenta de cubrirla primero y si no tendría que sufrir las miradas de sus rescatadores, cada una de las cuales le dolería como una puñalada.

Con un esfuerzo sobrehumano, desgarrando casi sus músculos abdominales, consiguió adoptar nuevamente la posición de tripode, con los pezones tocando apenas la mesa, la posición que hacía que la cadenita con la caja no estuviera tensa. Simultáneamente el temporizador apagó el vibrador.

Lagrimas de amargura llenaron sus mejillas, al pensar que se sentía contenta de haber podido adoptar una posición (con las piernas bien separadas, sobre sus rodillas y su cara, con el culo bien abierto), que ni en sus peores pesadillas se pensó que tendría que soportar.

La sensación de hormigueo en su vagina la hizo abandonar sus pensamientos. Ya eran las 9 de la noche y el vibrador empezó a funcionar.

Carolina suspiró, con infinito cuidado cambió el apoyo del lado derecho al lado izquierdo de la cara, y trató de relajarse. Tenía que evitar tener otro orgasmo. Pero estaba tan excitada. Es que el roce de los pezones sobre la mesa y la irritación del tapón y el vibrador en su culo y vagina eran más fuertes que su voluntad. De alguna manera aguantó unos 15 minutos, pero a partir de entonces su concha empezó a ponerse más y más mojada. Los jugos enseguida le llegaron al ombligo y de ahí goteaban a la mesa. A pesar de tenerlas ya muy abiertas, separó un poco las rodillas, buscando una zona más seca de la mesa. Se tiró lo más que pudo hacia atrás, tratando de levantar lo más posible el culo, buscando una posición más estable. Además de esa manera se le abrió un poco más la concha y sentía un poco menos el vibrador. Escupió lo más que pudo la saliva que le llenaba la boca lo más lejos posible hacia la derecha y se cambió hacia la izquierda. Y entonces llegó el primero. Un orgasmo pleno, violento, que la hizo agitarse y estremecerse y gemir detrás de la bola de goma en su boca. No podía creer que tuviese en esa situación degradante un orgasmo tan bueno como pocas veces conseguía teniendo sexo con su marido. La baba en su cara se juntó con sus lagrimas, de rabia, de frustración, de vergüenza. Y llegó el segundo, por suerte menos intenso, debido a que el dolor en la ingle, por las piernas tan abiertas, lo suavizó un poco. A desgano, las juntó un poco, porque sabía que si no lo hacía, corría riesgo de acalambrarse, y de activar la alarma.

Un poco más cómoda, sintió que que comenzaba a tener otro orgasmo. Llegó el tercero de esa hora (y el noveno del día, 3 a las 5 , 3 a las 7). Otro orgasmo pleno, su ano se contraía contra el tapón, su vagina apretaba el vibrador, jadeaba con fuerza, escupiendo y atragantándose con la saliva, bañando la mesa y su cuerpo con

transpiración. Los espasmos de sus brazos y piernas tensaban y aflojaban rítmicamente las cadenas, las que tintineaban al compás de sus gemidos ahogados por la mordaza.

De alguna manera evitó estirarse, tensar la cadena que abriría la cajita y activaría la alarma.

Pero cada orgasmo la dejaba más laxa, menos fuerte para mantener la posición. Además la mesa está empapada con sudor, lagrimas, saliva y jugos vaginales, resbalosa como si estuviese engrasada.

Ya son las 9:35, pero 10 minutos son suficientes para que el vibrador le produzca otro orgasmo a Carolina.

Lo demoró lastimándose las muñecas a propósito con las esposas, tensando los muslos para lastimarse los tobillos, apretando el ano contra el tapón para sentir dolor, dislocando la mandíbula contra la bola de goma. Y el orgasmo llegó, pero débil por el dolor, aunque de todas maneras la dejó al borde del desastre, con las rodillas muy separadas, demasiado, y la cajita al borde de abrirse. Lo sabía porque esa primera vez en que sus amigas la hicieron estirarse, para probar si la cajita se abría, sintió que en el momento justo de abrirse la cajita, sus tetas apoyaron plenas contra la mesa, y ahora sus pezones estaban plenamente apoyados sobre la mesa, no rozandola apenas como cuando estaba la cadenita suelta.

Se quedó quieta largo rato, sin respirar apenas, para no moverse, esperando que la calefacción de la casa secase un poco la mesa, para acomodarse un poco mejor, esperando a Hector.

Ya no tiene esperanzas de soltarse. Sabe que sus única alternativa es que alguien la encuentre en esa humillante posición. Sabe que sus amigas la han dejado sola, para que sea Hector el que la encuentre o para que en su desesperación, active la alarma y la encuentren sus vecinos. Que la encuentre Hector no le preocupa, ya en alguna noche de pasión, ha exhibido en forma despejucada sus órganos sexuales frente a él, para volverlo loco, pero la aterra que un conocido la vea en esa situación, no sólo obscenamente abierta de piernas, sino penetrada en ano, boca y vagina. Y la vergüenza de soportar que la examinen, como sin duda tendrán que hacer para descubrir como soltarla. Y el contacto de manos extrañas, soltando sus ataduras, si, pero también tocando zonas intimas que sólo han sentido el contacto hasta ahora de unos pocos amantes. Seguro que primero le sacan las esposas que es lo más fácil y expuesto a la vista, mientras las cadenas la obligan a estar culo arriba y cabeza abajo, con las piernas abiertas y las tetas colgando. Después quizás la liberen del collar, con lo que va a poder incorporarse, pero seguirá exponiendo su vagina debido a las rodillas bien separadas. Alguien le quitará el tapón y el vibrador, o le permitirán quedarse con algo de autorrespeto, permitiéndole quitárselos a ella?.

Carolina aparta esas ideas de su cabeza. Ya falta poco, sólo unos minutos, la inminencia del arribo de Hector le da fuerzas, se sabe

perfectamente capaz de resistir unos minutos más los objetos que la invaden, la posición que la degrada, los músculos agarrotados.

Son las 9:55. Carolina escucha con atención todos los ruidos, esperando escuchar la llave en la puerta, los pasos de Hector en la entrada. Pero en su lugar, el contestador automático con la voz de Hector le informa que la ama, la extraña, pero que el viaje de negocios se ha demorado, que hasta las 8:00 de la mañana siguiente, no podrá estar en su casa.

Desde el exterior de la casa es imposible percibir que Carolina está aullando con todas sus fuerzas, en un grito agónico pero amortiguado por la mordaza, que expulsa la saliva que le llena la boca por entre la bola de goma y sus labios, un grito infrahumano, que lastima su garganta y la hace ponerse de color azul, que dura hasta que se le acaba el aliento y recomienza con una nueva bocanada de aire. Los músculos de los brazos y las piernas totalmente contraídos, intentando zafarse inútilmente de sus ataduras metálicas, que se clavan cruelmente en su carne, marcándole la piel. Su ano y vagina distendidos por los objetos que la invaden. Su cuerpo adolorido le pide que se estire, que busque la liberación pidiendo ayuda a través de la alarma, pero su pudor se lo impide, la obliga a mantener la torturante posición, soportar los dolores antes que someterse a la humillación de ser vista de esa manera por ojos extraños.

Continuará

Todo depende de ustedes. Escribanme y comentenme que le pareció la historia. U otra cosa cualquiera. Si recibo vuestros comentarios es que interesa y entonces seguro que encuentro el tiempo para continuarlo. Aguantará Carolina?, la rescatarán sus amigos?, o entregada, activará la alarma a pesar de la humillación?.

Master Zero escribanme al zero_h20@hotmail.com